

Odin y el Ragnarök



Odín y los Lobos del Fin del Mundo

Los Ecos del Destino

Odín, el Padre de Todos, caminaba solo por los corredores del tiempo, envuelto en la bruma de los sueños que preceden al fin. En su trono alto de Hliðskjálf, desde donde podía ver todos los mundos, su único ojo —el otro lo había entregado por sabiduría— no hallaba reposo. Porque en lo más hondo del cosmos, algo se agitaba.

Los Nornas, tejedoras del destino, ya no ocultaban susurros: “El lobo se libera. La serpiente se retuerce en sus mares. El crepúsculo de los dioses se acerca.”

Odín, que había vencido a gigantes, domado los vientos y aprendido los secretos de las runas colgada del árbol Yggdrasill, sabía que todo su saber, todo su poder, no bastarían para detener el Ragnarök. Pero aún así, caminaba. Pensaba. Preparaba.



Fenrir, la Bestia Encadenada

Lo habían criado en Asgard. Un simple cachorro al principio, traído por Loki, hijo del caos. “Un regalo de mis andanzas”, dijo el dios embaucador con sonrisa torcida. Pero Fenrir creció. Y creció. Y creció.

Su sombra cubría prados enteros. Su aliento derretía el hielo. Su mirada desafiaba a los mismísimos Æsir. Solo Tyr, el dios del valor, se atrevía a acercarse sin temblar.

Cuando los dioses intentaron encadenarlo con lazos comunes, los rompió como juncos. Al final, encargaron a los enanos la creación de *Gleipnir*, una cinta forjada con ingredientes imposibles: el sonido de las pisadas de un gato, la barba de una mujer, la raíz de una montaña, el aliento de un pez, la saliva de un ave y la promesa de una mentira.

Fenrir desconfió. Solo aceptó ser atado si uno de ellos ponía su mano como prenda de buena fe. Tyr lo hizo. Y perdió su diestra entre las fauces del lobo.

Así quedó Fenrir atado. Pero no sometido.

Desde entonces, bajo la sombra de una montaña, rugía en sueños, y cada eco era una grieta en los muros del tiempo. Odín sabía que esa cadena no duraría para siempre.



La Serpiente de Midgard

Más lejos aún, donde el mar toca los límites del mundo, dormía Jörmundgander, el hijo serpiente de Loki. Tan vasta era su longitud que rodeaba toda Midgard, la tierra de los hombres, y se mordía la cola en un gesto eterno.

Odín la había arrojado al océano en tiempos antiguos, pero no por odio. Lo hizo por miedo. Porque la visión era clara: esa serpiente crecería tanto que haría temblar la tierra, envenenaría los cielos y se alzaría contra Thor, su enemigo jurado.

A veces, en las noches más silenciosas, los dioses sentían el oleaje de la criatura girando. Cuando el mar rugía sin tormenta, sabían que Jörmundgander soñaba con guerra. Y sus sueños eran preludio de tempestad.

Odín conocía su destino: cuando el Ragnarök llegase, Thor mataría a la serpiente. Pero daría nueve pasos antes de caer, ahogado por su veneno.

No hay victoria en esas visiones. Solo intercambio.



El Juramento del Padre de Todos

Odín descendió a las raíces de Yggdrasill. Allí habló con Mimir, cuya cabeza aún murmuraba sabiduría desde su pozo. Le preguntó si había forma de cambiar el destino. Mimir no respondió con palabras, sino con silencio. Un silencio que era certeza.

“No puedes huir de lo que eres, Odín”, susurró finalmente. “Solo puedes decidir cómo te enfrentas a ello.”

El dios asintió, con el peso del universo en los hombros. Si el fin había de llegar, que lo hallase de pie. Con lanza en mano. Cabalgando sobre Sleipnir hacia su ruina.

Pero antes... había cosas que aún podía hacer. No para evitar la batalla, sino para asegurarse de que el fuego final no dejase solo ceniza.



Los Cuervos y el Viento

Envió a sus cuervos, Huginn y Muninn —pensamiento y memoria— a todos los rincones del mundo. Que escucharan. Que aprendieran. Que recordaran. Porque cuando los cielos se desgarraran y los mundos colisionaran, serían los cuervos quienes llevarían el eco de lo que fue.

Odín se volvió a los mortales, a los héroes de Midgard, para preparar sus almas para la última batalla. Porque incluso en el fin del mundo, el valor tenía sentido.

Mientras tanto, Fenrir gimoteaba en la oscuridad. No por pena. Por impaciencia.

Jörmundgander giraba más rápido en los océanos. El agua hervía.

Y Loki, en su prisión de veneno, reía con los ojos llenos de odio. El momento se acercaba.



El Crepúsculo de los Dioses

No fue un trueno, ni una explosión. Fue un crujido, profundo, como si el mismo árbol del mundo respirara su última exhalación. La cadena Gleipnir se tensó. Se quebró. Fenrir rugió y el cielo se partió en dos.

La serpiente emergió del mar, escupiendo veneno que ennegrecía el cielo. Su cuerpo barría navíos, montañas, costas enteras. Thor alzó su martillo. Se lanzó al encuentro.

Loki se liberó de sus ataduras y marchó con los gigantes de fuego. Surtr, con su espada ardiente, caminaba hacia Asgard.

Odín, desde su trono, no huyó. Tomó su lanza Gungnir. Montó a Sleipnir. Y partió al campo de Vigrid, donde se enfrentaría al monstruo que lo devoraría.

Porque así estaba escrito.

Porque incluso los dioses deben obedecer las runas.

El Último Combate

Fenrir, colosal, emergió de entre las montañas. Cada paso suyo era un temblor. Cada aliento, una tormenta. Odín lo esperó sin temblar. Lucharon como titanes. Lanza contra fauces. Voluntad contra destrucción.

Pero Fenrir era el fin. Y lo fue.

Odín cayó. Su cuerpo entre los colmillos del lobo.

Pero no fue en vano. Su hijo, Vidar, nacido del silencio y la venganza, se alzó. Con una bota hecha de los restos del mundo, pisó la mandíbula de Fenrir. Y lo desgarró.

Jörmungander murió a manos de Thor. Y Thor, envenenado, cayó tras ella.

Los cielos ardían. Los mares hervían. El mundo se apagaba.

Y Sin Embargo...

No todo muere en el Ragnarök.

De las cenizas, surgirán nuevos mundos. Dos humanos sobrevivirán escondidos en el tronco de Yggdrasill: Líf y Lífthrasir. Nacerán nuevos soles. Volverán algunos dioses. Otros serán recordados.

Y los cuervos aún volarán, llevando en sus alas el eco de Odín. De su sacrificio. De su lucha. De su mirada clavada en el fin, no con miedo, sino con sabiduría.

Porque a veces, el conocimiento no es para evitar lo inevitable... sino para saber cuándo pelear.



ᚩᚢᚱᚢᚾᚢ

ᛘᛁᚢᚢ

Erik el rojo